

DOS TÉRMINOS DIBUJAN EL PAÍS REAL

FRANCIA CAMBIA DE POLÍTICA

Deliberadamente me encontraba en París durante la jornada electoral del 5 de mayo que llevó a las urnas el ochenta por ciento del electorado francés y ha puesto de manifiesto la conciencia civil de ese pueblo y su decisión de buscar una salida al punto muerto del «gaullismo», llegado a su fin antes de que la desaparición del presidente Pompidou diera lugar a la apertura para un cambio político. No voy a repetir ahora viejas objeciones, que varias veces he formulado, a la experiencia intentada por el hombre que al terminar la Segunda Guerra Mundial hizo el milagro de que Francia fuera incluida entre los vencedores. Me limitaré a subrayar que la experiencia política que tuvo su origen en aquella situación fue algo personal, irrepetible e improrrogable, como generalmente lo son las soluciones de excepción apoyadas en la fuerza determinante de situaciones críticas.



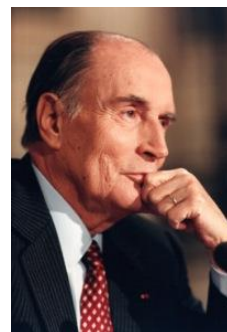
De Gaulle –montado anacrónicamente en sus desmesurados sueños de «grandeur»- aportó a la República francesa una reforma constitucional ciertamente necesaria, que limitaba, quizás en exceso, la veleidosa soberanía del Poder legislativo. Recordemos que Francia, desde 1848, desde la II República hasta hoy, ha tenido diecinueve presidentes. (La I no tuvo ninguno, pues estuvo gobernada sucesivamente por la Convención, el Directorio y el Consulado.) En la II sólo tuvo uno, Luis Napoleón Bonaparte, que la fundó para destruirla cuatro años después al proclamarse emperador de los franceses con el nombre de Napoleón III. Pues bien, en la III República, y especialmente en la IV, las crisis ministeriales se sucedían con perturbadora frecuencia. Para corregir aquella inestabilidad introdujo de Gaulle su reforma, que si con algunos retoques puede permanecer, el espíritu de personalización del Poder que la ha caracterizado –aún sin destruir, ello es verdad, los mecanismos democráticos esenciales- no puede durar más tiempo.

El exceso de personalidad y de poder del fundador de la V República se producía en sentido inverso (esto ahora ha quedado demostrado) al grado de politización y madurez de la sociedad francesa y, lo que es más grave, en un ambiente de aislamiento utópico, o de pretensión hegemónica fuera de tiempo, sobre la viva realidad que es más grave, en un ambiente de aislamiento utópico, o de pretensión hegemónica fuera de tiempo, sobre la viva realidad que, aún en su estado actual de crisis, representa la Comunidad Europea. Sobre estos dos puntos –ya insostenibles- acaba de pronunciarse el electorado francés. Y sea cual sea el resultado final de votos en la segunda vuelta, entre las dos fuerzas contendientes tan equilibrados, una cosa parece cierta: que el énfasis «gaullista» ha sido derrotado, que la etapa excepcional queda atrás, y que un cambio político se produce para ajustar más rigurosamente las relaciones entre la Sociedad y el Estado, y entre éste y Europa. La atractiva, urgente y necesaria empresa de salvar la Europa en crisis y contribuir honradamente a su recuperación y a su contribución política, ha constituido el más vigoroso recurso y el más explícito

compromiso de los dos candidatos a quienes la primera vuelta electoral ha puesto a la cabeza de las dos mitades –no opuestas, sino complementarias- de Francia. Porque contra la afirmación de algunos augures –de allí y de aquí- pienso que la contienda que estamos presenciando no parte a Francia en dos bloques irreconciliables sino que va a montar su política sobre dos términos que dialécticamente dibujan lo que es el país real.

Quisiera ir con el debido orden en este comentario, al que no quiero dar un carácter doctrinal, sino más bien descriptivo sobre lo que he visto muy de cerca en la campaña electoral francesa; algo así, como un reportaje periodístico, género nunca cultivado por quien como yo carece de oficio.

Mitterrand, sobrio, hábil político, definía en tono prudente y responsable (aunque pueda extrañar esta afirmación) su imagen internacional de la primera contienda «postgaullista» en estos términos: «No dividamos, no partamos a Francia en dos mitades, nadie debe ser excluido, tentemos los candidatos opiniones diferentes de tipo metódico más que sobre los objetivos esenciales.»



Valery Giscard d'Estaing, economista competente, rectificador del «gaullismo» y hoy jefe de la nueva derecha francesa



(definido por el profesor Duverger como un neoliberal tecnócrata, pero yo tengo la impresión de que es algo más, de que es un político), ha estado a tono con su antagonista, ha postulado la necesidad de extender la mayoría, de garantizar el empleo y el valor del salario de los franceses y dedicar muy especial atención a los problemas de la educación y de la juventud incluso en el sentido de promocionar hombres nuevos más allá de la específica clientela del partido actualmente dominante.

Es seguro que el representante, circunstancial o definitivo, de la nueva izquierda para manifestarse en los términos moderados en que lo ha hecho haya tenido muy presente el espíritu conservador medio del electorado francés, y no ha querido dar la impresión de estar dominado por sus aliados comunistas, o tal vez ha empleado con habilidad la oratoria distensiva que en esta hora parece interesar a la Unión Soviética. Así el duelo Mitterrand-Giscard ha sido relativamente sereno y, como antes dijo, dialéctico. Sin acritudes, sin amenazas, sin tenebrosas descripciones apocalípticas para el caso del triunfo hipotético del adversario. Los dos han hablado a un pueblo madura que deseaba conocer razones y propósitos ajustados a su realidad y a sus esperanzas de vida. No diré que en estas elecciones muy tecnificadas, con sus sondeos y sus cálculos, el debate haya sido de gran altura en el orden de las ideas. Ha sido más bien un debate sobre posibilidades y conveniencias en el que cada uno de los contendientes ha tenido en cuenta las razones válidas del adversario; y ni Mitterrand ha olvidado nunca las inclinaciones moderadas de la sociedad francesa ni Giscard ha ignorado las exigencias de un cambio político y social que brotan del fondo de los menos favorecidos en esa comunidad.

Los dos, Giscard y Mitterrand, han tenido presente una prelación indudable: la que impone la grave crisis económica de estos días en los que, como es sabido, el marco alemán que hace poco tiempo valía un franco ha doblado su valor, perdiendo en menos de tres meses el franco Francés en flotación el 14 por 100 con respecto a la divisa

alemana. De la misma manera, uno y otro contendientes han considerado necesario inscribir el horizonte de la política francesa en el cuadro de la política europea común. Mitterrand muy enérgicamente habló de una Europa concebida no sólo «como una organización de comerciantes o de negocios», sino como empresa política en sentido federalista, sin olvido de la continuidad nacional y del patriotismo «la patria propiedad común de los franceses, de los que viven y de los que murieron, como también la paz social y la justicia», aunque sugiriendo un escalonamiento en los procesos de socialización. (Hay entre nosotros algún precedente no oficial de esta idea. En su libro *Entre literatura y política* ha sido expuesta muy lucidamente por Ridruejo.) Incluso sus alusiones a la amistad -sin sumisión- con los Estados Unidos y de respeto y atención al Tercer Mundo han sido más europeas que cerradamente francesas. Giscard ha hablado de Francia como país digno, independiente y respetado en el mundo, pero admitiendo la necesidad de una organización superior europea señalando como prioridad, si alcanza la Presidencia, el relanzamiento de la cooperación monetaria en el seno de la Comunidad Económica Europea y su unión política para 1980, y es favorable al ingreso de España en el Mercado Común. (Edmond Giscard d'Estaing, padre del ministro de Hacienda, es presidente del Centro Iberoamericano de Estudios e Investigaciones del Instituto Católico de París.) En resumen, el socialismo de Mitterrand y el neocapitalismo de Giscard más bien han querido subrayar los puntos de una posible convivencia que los extremos utópicos; esto es, algo realista cuando el país -mitad y mitad- busca el centro y hasta lo exige.

Al lado de los grandes protagonistas, Chaban Delmas ha hecho una campaña retórica y de una gran vaguedad programática. Queriendo situarse en el centro hipotético -ni derecha ni izquierda ha ignorado que ya no es la hora de que tal centro sea un poder sino, como antes he dicho, sea sólo un resultado dialéctico. La «nueva sociedad» a que se ha referido ha resultado un tópico porque no ha sabido describirla y en cuanto a la solidaridad que debería -según sus palabras- sustituir a la beneficencia y a la asistencia social, ni explicó cómo se haría ni quienes habrían de solidarizarse. Más preocupado de afirmar el continuismo y de abrumar a Giscard que de oponer a Mitterrand ideas nuevas y claras, ha trabajado en beneficio de éste. Los comunistas revolucionarios Arlette Laguiler -«soy una trabajadora en medio de los políticos»- y Krivine han ayudado indudablemente a Mitterrand (valor entendido) al atacarlo con furia recordándole su pasado político sinuoso y su condición burguesa. Muchos de los votos moderados que él haya podido cosechar procederán posiblemente de esa ofensiva extremista que es tanto como un aval de su prudencia. Marchais, el secretario general del Partido, ha exhibido desde la pequeña pantalla un desenfadado y sereno cinismo al expresar sus muchos puntos de coincidencias con el «gaullismo» y atraer así para Mitterrand los votos de los «gaullistas» despechados. (Desde lejos, Breznev parece preferir un interlocutor francés capitalista a otro más familiar pero que le plantearía problemas y le forzaría a distorsiones en su actual estrategia internacional. La coincidencia casual o deliberada de la visita del embajador soviético al ministro Giscard les ha producido visible incomodidad -si es que no se trata de una nueva finta y tampoco llega con oportunidad la caída del canciller alemán Willy Brandt, devorado por la izquierda aún sin contar con los comunistas ni con un «programa común».)

Marginales como los candidatos de la extrema izquierda han quedado los de la extrema derecha: Renouvin, reactualizador de la «Action Française», quien en su intervención en la pantalla dijo que la Monarquía no es un *pret a-porter*. Han tenido interés las campañas del ex ministro Royer contra el totalitarismo socialista y en pro de

mejorar el estilo de la República en el marco de Europa, de Sebag, la voz del federalismo europeo, pronunciándose por la federación de Europa con los Estados y las regiones, y finalmente la del eminente ecólogo Dumont que ha introducido en la contienda temas universales de interés incontestable, pero difíciles de presentar como armazón ideológica exclusiva de un movimiento de masas o de opinión nacional.

Correspondiendo al tono de corrección en los planteamientos electorales, el pueblo francés ha votado con una densidad sin precedentes que revela su preocupación por los asuntos que afectan a su destino inmediato. El triunfo de Mitterrand en la primera vuelta estaba previsto y aún se esperaba que fuera algo mayor. No era, en cambio, tan esperado el triunfo aplastante de Giscard sobre Chaban Delmas, que es precisamente el que confiere a los resultados electorales su máxima significación histórica: la superación de una etapa excepcional demasiado encerrada en el sueño de una imagen de la Francia hegemónica, o al menos autosuficiente que el «gaullismo» ortodoxo representaba.

En las últimas horas de la tarde del día 5, poco después de conocerse los datos oficiales del escrutinio, aparecieron en la televisión francesa un Giscard con aire de triunfo, optimista y seguro, y un Mitterrand cansado y perplejo ante sus posibilidades de victoria que, sin duda, él había calculado mayores. ¿Qué relación tendrán estas imágenes con la decisión última y de que manera han podido impresionar a los sectores indecisos? No tardaremos en verlo.

Los márgenes de probabilidad son casi idénticos para uno y para otro, quedando en mayor incertidumbre las cifras que pueden calcularse a favor de Giscard porque éste ha de cosechar los nuevos votos en un medio más fluctuante y de canalización menos segura, pues está sujeto a las imponderables variaciones del despecho «gaullista» -el derrotado Chaban y sus amigos en alguna medida árbitros de la lucha final- el oportunismo con inclinación al vencedor más probable, el día soleado o lluvioso, etc. Una cosa es, sin embargo, segura: que el vencedor lo será por una diferencia muy reducida, quedando excluida la posibilidad de una victoria clamorosa. (En el enfrentamiento de los dos candidatos en la televisión francesa durante la noche del viernes pasado el astuto Mitterrand estuvo al principio más tranquilo, pero Giscard acabó dominando la situación y atacando.)

Esa casi igualdad de fuerzas entre vencedores y vencidos no ha de representar necesariamente una dramática partición del país como ha ocurrido cuando ese equilibrio ha tenido lugar en sociedades enfermas y después de un desafío maniqueo en el que cada parte ha aspirado a ser el todo de la nación atribuyendo a la otra un designio catastrófico. Pero esta campaña electoral -y las subyacentes realidades de la sociedad francesa que ha puesto de manifiesto- nos dice que la opción no se da allí como dicotomía, sino de un modo dialéctico y complementario. Una victoria limitada, debe representar para el vencedor un freno de poder y un obstáculo para la arbitrariedad. Reacuérdense las palabras de Mitterrand que transcribí al principio y las de Giscard que aspira a ser presidente de todos los franceses y a contar con el vencido. La operación política que resulte de esta contienda tendrá que ser obra de todos y en interés de todos. Líneas de coincidencia no faltan. Entre éstas la principal es la de una política general europea con voluntad de superación de la etapa de los tratados y la Comunidad limitada, iniciando el proceso de la integración política.

Sea vencedor Giscard d'Estaing o lo sea Mitterrand, a los dos debe imponérseles un hecho insoslayable: el destino de los pueblos de Europa es el de integrarse en una unidad política superior si no se resignan a desaparecer o ser dominados por alguno de los dos grandes bloques de poder que los flanquean o por el reparto a que puedan llegar ¡en esta «era de la descolonización»! Además, la unión política de Europa, no sólo devolvería a ésta una autoridad moral que el mundo necesita, sino que destruiría las maquinaciones de algunos de sus pueblos resistiéndose a las mutaciones políticas y sociales que nuestro tiempo exige, aferrándose por recelo y temor a formas sin porvenir, empecinándose en ambientes enrarecidos y desmoralizados y haciendo difícil la adopción de estructuras mejores en el orden a la agregación de sus grupos nacionales, a la relación de sus clases, y al desarrollo de su economía. Una organización federativa se impone sobre los egoísmos que tan largo cultivo histórico llevan sobre sí. ¿El resultado de las elecciones francesas será un paso adelante para conjurar esos peligros? Así debiera ser. En los últimos años Francia ha sido obstáculo para la consecución de la fórmula política comunitaria. Hoy la clase obrera, las clases medias francesas y quizá también el sector capitalista menos mediatizado, y más amenazado a la vez, por la gran potencia de ultramar, parecen encontrarse en este camino con nuevas maneras y objetivos. Los candidatos que han hablado de Europa han tenido la máxima aprobación. Queremos tener esperanza que ello se traduzca en una nueva política europeísta de ese país que por razones geográficas e históricas está situado en el centro mismo del mundo a que pertenecemos.

(La Vanguardia, 14 mayo 1974)

NOTA:

El Giscard que en 1974, en sus discursos de la campaña electoral para la presidencia de la República, se mostró favorable al ingreso de España en el Mercado Común, es quien ya presidente ha frenado en parte nuestra integración. Ahora, en 1981, abiertamente, se declara contrario a la entrada de España en la CEE.